

inimitable. Dice de Lope de Vega lo mismo que él había estampado en su arte: conviene en que, por querer acomodarse al gusto de los representantes, no habían llegado todas sus comedias al punto de perfeccion que llegaron algunas; pero al mismo tiempo colma de elogios á este autor ensalzando su fama y su mérito. Supone que sabia extremadamente los preceptos del arte: echa la culpa de su inobservancia al mal gusto de los actores, y no á la ignorancia de los poetas, y guarda tanto decoro á todos, que no nombra á ninguno: de suerte que bien mirado su razonamiento mas parece una apología, que una censura de Lope de Vega y sus imitadores.

84. Así lo creyó el mismo Lope, correspondiendo siempre con igual estimacion á nuestro autor, á quien alabó aun despues de su muerte en el *Laurel de Apolo*; mas no lo creyó así otro compositor de comedias, implacable enemigo de Cervántes. El ardid mas comun de los malévolos es enlazar y hacer una su causa con la de los hombres grandes, para engañar y sublevar al vulgo, á la manera que hizo Antonio con la toga sangrienta de César. Estaba grandemente sentido aquel poeta de la

justa censura que Cervántes había hecho de sus comedias en el Quixote: sabia la estimacion que le había grangeado esta obra, cuya segunda parte deseaban todos, y para saciar su odio, intentó desacreditar de un golpe el ingenio y buen corazon de Cervántes. Su ingenio continuando el Quixote, y su buen corazon publicando que había ofendido en él á Lope de Vega, porque su fama le daba pesadumbre é invidia.

85. Con esta idea salió á luz en Tarra-gona el año de 1614 el segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, compuesto, segun dice su título, por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas; pero escrito en realidad por el expresado poeta, de quien no se sabe otra cosa, sino que era Aragonés, y que ocultó su patria y nombre con el mismo artificio con que quiso ocultar su intencion.

86. Á este efecto supone en el prólogo, que continuaba el Quixote con el fin de desterrar la perniciosa leccion de los libros caballerescos, y que censuraba á Cervántes por desagaviar á Lope de Vega; pero él propio arrebatado de su cólera rasga imprudentemente este velo, y dexa

al descubierto su ánimo en el mismo umbral de la obra. Su prólogo es un libelo infamatorio, en que cubre de oprobrios las venerables canas de Cervántes, llamándole *viejo, manco, pobre, invidioso, murmurador*, y notando hasta el acogimiento que hallaba en el sabio Cardenal de Toledo. De manera que todo hombre racional confesará, leyendo este prólogo, que su autor escribió aquella obra sin otro fin que injuriar la persona de Cervántes y desacreditar su ingenio, manifestando, ó que no podía continuar su Quixote, ó que habia otros tan capaces como él para continuarle.

87. No era menester mas que la audacia de aquel poeta, y bastaban sus odiosas expresiones, para que el público hiciese justicia á nuestro autor; pero este como sabio y discreto le presentó otra apología mas calificada y completa en la segunda parte del Quixote, impresa en Madrid el año de 1615.

88. En ella se descubre la inmensa distancia que hay de un contrario noble y generoso á un enemigo ratero. Avellaneda encubrió su nombre para insultar descubiertamente á Cervántes, y este ni quiso

disfrazarse, ni quitar la máscara á su agresor para responderle. Satisfizo con invidiable modestia las personalidades que habia estampado contra él, paró sus injurias y amenazas con el escudo de la templanza y de la razon, dexóle corrido en el juicio público con singular gracia y donayre, y logró que triunfase en esta lid la inocencia de la calumnia, la moderacion de la audacia, y la urbanidad de la grosería.

89. El paralelo entre el prólogo de Avellaneda y el de Cervántes manifiesta la ventaja que este le hacia en honradez y nobleza de ánimo, así como el cotejo de las dos obras hace patente la preferencia de su ingenio. Luego que salió á luz la de Cervántes, hizo ver que no era capaz de continuar dignamente aquella obra otra pluma que la de su inventor. El Quixote Castellano ahuyentó (73) de la república de las letras al Aragonés, desterrando la leccion de sus aventuras al par de los demas libros caballerescos: y aquel anónimo que habia creído deslucir á Cervántes, no consiguió otra cosa que añadir este mustio y marchito laurel á su triunfo.

90. Entre todas las obras que puede

producir el entendimiento humano, ningunas hay mas exentas del imperio de la sinrazon y parcialidad que las de pura invencion, porque en ningunas es mas sensible el placer ó fastidio. En los demas escritos puede la destreza de un censor ó de un panegirista prevenir el juicio de los lectores; pero en estos cada uno juzga por si propio á medida del embeleso ó disgusto que le causa su leccion. Era preciso pues que la de Cervántes hiciese insufrible la del Aragonés, á pesar del empeño y diligencia de los émulos del uno, y de los parciales del otro.

91. Avellaneda no pensaba con dignidad, ni escribía con decencia: á cada paso presenta imágenes torpes é indecorosas, cuyo colorido basto, grosero y desapacible sonroja y enmudece al lector: al modo que sucedió á la hermosa Sparre, precisada por órden de la Reyna Cristina á leer la licenciosa obra de Beroaldo de Verville. El que compare los dos cuentos del *Rico desesperado*, y los *Felices amantes* con las novelas del *Curioso Impertinente*, y del *Cautivo*: el que cotejare el carácter de Bárbara con el de Dorotea, conocerá que un mismo asunto aparece chocante

ó agradable, segun el ingenio y habilidad del que le trata.

92. Seria hacer poca justicia á Cervántes, y demasiada merced á su competidor, detenerse mas en este asunto. Para decidirle, basta poner las urbanas graciosidades é ingeniosos donayres del uno al lado de las bufonadas y chocarrerías del otro.

93. El juicio conforme del público, no interrumpido, ni alterado por espacio de dos siglos, está á favor de Cervántes. Los profesores de las bellas artes, las lenguas vivas de Europa y las prensas de todas las naciones cultas no han cesado de multiplicar y enriquecer los exemplares del Quixote; pero la obra de Avellaneda quedó obscurecida y sepultada en su misma cuna, ya fuese por su poco valor, ya porque los apasionados de Cervántes quemasen sus exemplares, segun da á entender él mismo en la visita de la imprenta de Barcelona.

94. Lo cierto es, que aquella continuacion no volvió á estamparse en su siglo, ni fué apreciada de los literatos de él, y si alguno la mencionó, como Nicolas Antonio (74), fué para notar la disparidad

que habia entre el ingenio de su autor y el de Cervántes.

95. La censura de aquel sabio Bibliotecario, y la conducta de sus contemporáneos son un indicio vehemente contra la pretendida ilustracion de este siglo, en el qual ha encontrado Avellaneda unos obsequios que no pudo lograr en el suyo. El año de 1704 se imprimió en Paris una traduccion francesa de su Quixote. El traductor descompuso el original para componerle de nuevo, quitóle la mayor parte de las torpezas é indecencias de que abunda, y le adornó con varias adiciones y episodios que le mejoraron mucho, y diéron algun crédito á su primer autor en el concepto de los lectores que creian fiel y exácta su traduccion. Así sucedió á los autores del *Diario de los sabios*, y así tambien al Doctor Don Diego de Tórres, que habla de Avellaneda sin haberle visto, y atribuye al autor Español los discursos del traductor Frances.

96. No era extraño que este intentase preferir la obra de Avellaneda á la de Cervántes para grangearle aceptacion y salida, ni tampoco que sus lectores ignorantes del castellano y de las alteraciones que habia

hecho en la traduccion, le creyesen sobre su palabra. Lo singular es, que en este siglo, y dentro de la Corte, se haya estampado y sostenido lo mismo, poniendo por fundamento la autoridad de los Diaristas Franceses, que no viéron el original de Avellaneda, y la de su traductor, de quien se asegura que no le entendió.

97. Este fué el objeto de Don Isidro Peráles en la nueva edicion de Avellaneda, que imprimió el año de 1752. Al frente de ella hay una coleccion de invectivas contra Cervántes, entre las quales la mas infundada es la del editor, que supone *estar exénte Avellaneda de los defectos en que incurrió Cervántes, y haber imitado y casi copiado este la segunda parte de aquel*: como si no fuese constante, que Cervántes tenia trabajado y concluido lo principal de su segunda parte, quando publicó la suya Avellaneda, y como si el cotejo de las dos no evidenciase, que tienen tanta semejanza éntre sí, como la Odisea de Homero con la de Triphiodoro, y la Jerusalem del Taso con la de Lope de Vega.

98. El que quisiese inquirir la causa por que este editor faltó á la modestia y cir-

cunspcción con que debe hablarse siempre de autores tan beneméritos como Cervántes, no descubrirá otra, sino el empeño de defender á qualquier precio á su compatriota: empeño en que no ha sido único. El mismo se ve en el famoso Don Juan Martinez Salafranca quando dice (75): *que Avellaneda tuvo sobrada razon para creer, que Cervántes no queria, ó no podia continuar el Quixote*: y quando asegura: *que á este se le está conociendo la calentura del enojo en quanto habla de Avellaneda*. Si aquel sabio Diarista hubiera reflexionado mas esta censura, la hubiera omitido ó moderado. Cervántes ofreció en el prólogo de sus Novelas publicar inmediatamente la segunda parte del Quixote, y Avellaneda confiesa (76) haber leído este prólogo; por consiguiente no ignoraba que nuestro autor podia y queria continuar su obra, pues sabia estaba tan próximo á concluirlo. Y aun quando lo dudase, esta duda no le daba razon para insultar é injuriar á Cervántes, así como este la tenia sobrada para desquitarse del insulto y del agresor. Nadie tenia tantos motivos para hacer esta reflexion como Don Juan de Salafranca; pero los hombres

mas

mas sabios y juiciosos suelen á veces dexarse poseer de un ardimiento que les pareceria reprehensible en los demas, y creyéndose lince para descubrir en los semblantes agenos la calentura del enojo, no aciertan á conocerla en el pulso de su genio.

99. De todos estos empeños no resultó al continuador de Cervántes mas que una atencion pasagera, á modo de las exhalaciones, que apenas se ven quando desaparecen. Su obra tuvo alguna estimacion ántes de reimprimirla, y esto hizo creer al editor que su nueva edicion y apologia serian bien recibidas; pero sucedió al contrario. La obra fué apreciada porque era rara, la reimpresion la hizo comun, y la dexó sin aprecio. Comenzaba á propagarse ya en España aquella secta de literatos, cuyo instituto es acopiar libros y elegirlos, no por su mérito, sino por su escasez y singularidad.

100. El Quixote de Cervántes ha gozado el privilegio de todas las obras excelentes, que nunca son raras, porque siempre son apreciadas. En vano se esforzaron contra él los apasionados de Avellaneda. El aplauso público que sacó victorioso al Cid de la

censura de la Academia Francesa y del teson de Richelieu, hizo tambien triunfar al Quixote de todos sus impugnadores.

101. Cervántes lo conocia así; pero juzgando que no era bastante satisfaccion la que habia tomado de su competidor en el templado y pacifico prólogo de esta obra, añadió en el cuerpo de ella otras muy ingeniosas y festivas. Entre todas sobresale la que insertó en su dedicatoria, donde alude diestra y delicadamente á varios sucesos, que no le era lícito ó decoroso mencionar de otra manera.

102. Despues de haber informado al Conde de Lémos, quan deseado era su Quixote para quitar las nauseas que habia causado el de Avellaneda, añade (77): *y el que mas ha mostrado desearle ha sido el grande Emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase: porque queria fundar un colegio, donde se leyese la lengua castellana, y queria que el libro fuese el de la Historia de Don Quixote. Junto con esto me decia, que fuese yo á ser el Rector del tal colegio. Preguntéle al por-*

*tador, si su Magestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viage. Ademas que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y Emperador por Emperador, y Monarca por Monarca, en Nápoles tengo al gran Conde de Lémos, que sin tantos titulillos de colegios, ni rectorías me sustenta, me ampara, y hace mas merced que la que yo acierto á desear. Parece á primera vista que el objeto de Cervántes en esta ficcion era solo alabar su obra, y obsequiar á su Mecénas; pero no fué así. Sirvióse de aquella apariencia para disfrazar su idea, de modo que únicamente pudiesen entreverla los que tenían discernimiento para referirla á sus antecedentes.*

103. El primero á quien reprehende es á su competidor. Este no habló mas que una vez del Quixote de Cervántes en el suyo, ni le puso otra objecion sino, *que su estilo era humilde: objecion dictada*

por la cólera é invidia, y desmentida por el voto de toda la nacion. Nuestro autor, á quien no era decente contestar abiertamente este reparo, se valió del discreto é indirecto medio de suponer que desde los climas mas remotos y separados del nuestro solicitaban su obra por la pureza y excelencia de su estilo.

104. Bien pudiera haber satisfecho igualmente aquel reparo sin hacer mencion del Emperador de la China, ni ponerle en paralelo con el Conde de Lémos; pero en esto aludió con singular agudeza á un suceso reciente, que por sus circunstancias era el testimonio mas auténtico del mérito del Quixote y de la desgracia de su autor. Estando el Rey Felipe III en Madrid á un balcon de Palacio, observó que un estudiante leia un libro á la orilla de Manzanares, é interrumpia de quando en quando su leccion dándose en la frente grandes palmadas, acompañadas de extraordinarios movimientos de placer y alegría. Adivinó al momento este Monarca la causa de su distraccion, y dixo (78): *aquel estudiante, ó está fuera de sí, ó lee la Historia de Don Quixote*. Los Cortesanos interesados en ganar las albricias del

acierto de los Príncipes, corriéron á desengañarse, y halláron que el estudiante leia en efecto el Quixote. Una aprobacion tan pública del mérito de esta obra dada por el Soberano, y confirmada por las primeras personas de su Corte, debia haberles recordado la memoria de su autor y del abandono en que vivia; pero fuese que no hiciéron mencion de él, ó que hecha la desestimáron, lo cierto es que ninguno tuvo la generosidad de solicitarle con tan oportuno motivo una moderada pension para que se sustentase. No es mucho pues que Cervántes se valiese de la sombra del Emperador de la China para dar mayor realce á este suceso, y que desengañado con él prefiriese la liberalidad efectiva del Conde de Lémos á las alabanzas estériles de otras personas de mas alta gerarquía. En la nacion en que estén desvalidos generalmente los sabios, qualquiera que los proteja como Mecénas es acreedor á los honores de Augusto.

105. Eran mas sensibles para nuestro autor estos desayres domésticos, por el grande aplauso y estimacion personal que debia á los extrangeros. Los que venian entónces á España solicitaban conocerle y

verle como á un milagro, instados del mérito de sus obras y del aprecio con que habian sido recibidas en Francia, Alemania, Italia y Flándes. Acababa de experimentar esta honrosa distincion con motivo de haber llegado á nuestra Corte un Embaxador extraordinario de la de Paris, y por tanto quiso dar á entender en aquella parábola, que su persona obscura, é ignorada en su patria, era conocida y solicitada de las naciones mas extrañas. Como el objeto de la embaxada era el mutuo y reciproco enlace entre los Príncipes de la Casa de Borbon y la de Austria, se presentó el Embaxador en Madrid con un ostentoso y lucido séquito de Caballeros Franceses, cortesanos, discretos y amigos de las buenas letras, y tuvo precision de visitar entre otros Próceres de la Corte de Felipe III, al Cardenal Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Sandoval. El día 25 de Febrero del año de 1615 le pagó (79) este Prelado la visita acompañado de varios Capellanes; y entre ellos del Licenciado Francisco Márquez Tórres, su Maestro de Pages. Esta casualidad dió motivo á que en el coloquio que tuviéron los Caballeros Franceses con los Capellanes del Arzobispo,

bispo, mientras este visitaba al Embaxador, se tratase de las obras de ingenio que andaban entónces mas validas, y consiguiientemente de la segunda parte del Quixote, cuya censura estaba cometida al Licenciado Márquez. Apenas oyéron aquellos Caballeros el nombre de Cervantes, quando comenzáron á hacerse lenguas, y ponderar la estimacion que tenian tanto en Francia, como en los Reynos confinantes el Quixote, las Novelas, y la Galatea, que alguno de ellos sabia casi de memoria. Sus encarecimientos fuéron tales, que el Licenciado Márquez se ofreció á llevarlos á casa del autor de estas obras para que le viesén y conociesen, lo que aceptáron y estimáron con mil demostraciones de vivos deseos, preguntándole entre tanto muy por menor la edad, profesion, calidad y facultades de Cervantes. El Licenciado Márquez se vió obligado á responderles, que era viejo, soldado, pobre, é hidalgo; y su respuesta conmovió de suerte á uno de aquellos Caballeros, que exclamó sin detenerse (80): *¿pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?* Pero otro le repuso con mucha discrecion diciéndole: *si necesidad le ha de obligar*

á escribir, plegué á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo. Ocurrencias agudas é ingeniosas, propias de la urbanidad y viveza de aquella sabia é ilustre nacion, y muy oportunas para desagraviar á Cervántes de la indiferencia ó malicia con que desdenaban su persona los mismos que no podian dexar de confesar y conocer sus talentos.

106. Singular es el que manifestó en la expresada parábola, donde se atrevió á retratar la verdad desnuda; mas con tal arte y maestría, que no alcanzaron á percibirla aquellos á quienes podia ofender. Las obras puramente agudas suelen ser demasiado punzantes: las muy circunspectas tocan por lo comun en el extremo opuesto, y son frias y desmayadas. Nuestro autor supo evitar ambos defectos, templando la libertad con su prudencia, y avivando la circunspeccion con su ingenio. Este es el primer mérito de la segunda parte del Quixote, obra en que luce el talento original de Cervántes mas que en otra alguna, y que por lo mismo debe servir de regla para medir la elevacion de su ingenio.

107. Verdad es que nó fué igual en todas sus producciones; pero el Quixote solo basta para colocarle en la clase de aquellos hombres grandes, que producen rara vez los siglos. Ninguno hasta ahora ha podido eximirse de aquella desigualdad propia de nuestra naturaleza. El incomparable Newton fué autor de los Principios Matemáticos, de la Filosofia Natural, y de unas Observaciones sobre las profecías de Daniel y del Apocalipsi: Cervántes publicó sus entremeses y comedias al mismo tiempo que la continuacion del Quixote. En uno y otro se verificó que el espíritu humano es un conjunto de fuerza y flaqueza, y ámbos consoláron á los demas hombres de la superioridad que tenian algunas de sus obras, con el descrédito que merecieron otras.

108. La segunda parte del Quixote fué la última de Cervántes que se imprimió durante su vida. Su salud, que estaba ya muy alterada á fines del año de 1615, fué decayendo, y mas á principios del siguiente; pero sin debilitar su ingenio, ni perturbar su imaginacion. Desde el año de 1613 (81) tenia ofrecidos al público: *los Trabajos de Persiles y Sigismunda*, y á 31 de Octu-

bre del año de 1615 repitió (82) la misma oferta al Conde de Lémos, asegurándole que tendría finalizada aquella obra dentro de quatro meses. Así lo cumplió, no obstante la grave enfermedad que padecía, la qual iba acabando con su vida casi al mismo paso que él concluía esta Novela.

109. El objeto que se propuso en ella fué imitar al célebre Griego Heliodoro, y hacer émulos de los castos amores de Teágenes y Cariclea los de Periandro y Auristela. Su desempeño es evidente prueba de su infatigable actividad y del vigor de su espíritu, que conservó sin alteracion, aun entre los brazos de la muerte.

110. Á principios de Abril de 1616 tenía acabado ya el Persiles, tan á costa de su salud, que sin componer la dedicatoria ni el prólogo pasó á Esquivias, creyendo quizá mejorarse mudando de ayre y temperamento; pero fué al contrario, porque se agravó de suerte que, ó con el deseo de morir en su casa, ó con la esperanza de lograr algun alivio en ella, se volvió á Madrid acompañado de dos amigos. En el camino tuvo un encuentro, que le dió motivo para escribir el prólogo que está al frente del Persiles, y referir en él las

circunstancias y estado de su enfermedad.

111. El caso fué que quando volvian de Esquivias y estaban ya cercanos á Madrid, sintieron que venia á sus espaldas uno picando con gran priesa y dándoles voces para que se detuviesen. Hicieronlo así, y vieron que era un estudiante, el qual en llegando se quejó de que caminaban tanto, que no podia alcanzarles para ir en su compañía. Á lo que uno de los dos amigos de nuestro autor le respondió, que la culpa era del caballo del señor Miguel de Cervantes por ser bastante pasilargo. No bien hubo pronunciado el nombre de Cervantes, quando el estudiante, que era su apasionado, aunque no le conocia, se apeó sin detenerse, y cogiéndole la mano izquierda, dixo: *sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las Musas.* Abrazóle Cervantes, dándole gracias con su acostumbrada modestia, y le pidió que volviese á montar, y caminarian juntos en buena conversacion lo que les faltaba del camino. Así lo hizo el comedido estudiante, y su coloquio es la única noticia que hay de la enfermedad de Cervantes, conservada por él mismo (83). *Tuvimos, dice, algun*

*tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el qual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desaució al momento diciendo: esta enfermedad es de hidropesia, que no la sanará toda el agua del Océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervántes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo; pero así puedo dexar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido. Mi vida se va acabando, y al paso de las efeméridas de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. En esto llegamos á la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia.*

112. Quando Cervántes puso por escrito este diálogo despues de estar en su casa, fluctuaba aun entre el rezelo y la esperanza; pero sin desmentir su genio festivo

y donoso, como lo acredita la graciosa descripción que hizo del vestido, montura y ademanes del estudiante. Por una parte le aquejaba tanto el mal, que le precisó á dexar la pluma sin concluir el diálogo, y á despedirse para siempre de sus gracias, de sus donayres y amigos: por otra no desconfiaba de volver á anudar aquel discurso en mejor ocasion y suplir lo que le faltaba y convenia haber dicho en esta. Al fin la enfermedad desvaneció todas sus esperanzas, porque le postró de suerte, que considerándole ya sin remedio le administraron (84) la Extrema Uncion el día 18 de Abril del referido año de 1616.

113. Ya desamparaban á Cervántes las fuerzas del cuerpo, y aun mantenía firme el espíritu y viva la memoria de su bienhechor el Conde de Lémos. El día despues que le oleáron escribió una carta despidiéndose de él, y ofreciéndole por último obsequio los trabajos de Persiles y Sigismunda. Carta digna de que la tuviesen presente todos los Grandes y todos los sabios del mundo, para aprender los unos á ser magníficos, y á ser agradecidos los otros (85). *Ayer me diéron la Extrema Uncion, le dice Cervántes, y hoy escribo esta. El*

*tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con toto esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á V. E. que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo ménos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de V. E. regocjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Las expresiones de esta carta (86) son tanto mas honoríficas al Conde de Lémos, quanto mas deplorada era la situacion del que las escribia. No puede haber mejor exemplo de una gratitud noble, sencilla y desinteresada, y estas postreras lineas de Cervántes merecen leerse con la misma atencion y respeto, con que la antigüedad escuchó los últimos acentos de Séneca.*

114. Igual serenidad mantuvo hasta el último punto de la vida. Otorgó (87) testamento dexando por albaceas á su muger Doña Catalina de Salazar, y al Licenciado Francisco Nuñez, que vivia en la misma casa: mandó que le sepultasen en las Monjas Trinitarias, y murió (88) á 23 del expresado mes de Abril, de edad de 68 años, 6 meses, y 14 dias.

115. Su funeral fué tan obscuro y pobre como lo habia sido su persona. Los epitafios que compusieron en alabanza suya no merecian haberse conservado. En su entierro no quedó lápida, inscripcion, ni memoria alguna que le distinguiese; y parece (si es licito decirlo) que el hado siniestro que le habia perseguido mientras vivo, le acompañó hasta el sepulcro, para impedir que le honrasen sus amigos y protectores.

116. La misma suerte padecieron los retratos que hicieron de él Don Juan de Jáuregui y Francisco Pacheco, ambos Sevillanos, y muy hábiles en la poesía y pintura. Si se hubiesen conservado las suyas, veríamos al natural el semblante y talle de Cervántes, que, aunque mediano, fué bien proporcionado: tenia (89) rostro aguileno,

cabello castaño , color vivo y blanco , frente lisa y desembarazada , ojos alegres , nariz corva , boca pequeña , dientes desiguales , mal acondicionados y peor puestos , grandes vigotes y barba poblada : era ademastartamudo , algo cargado de espaldas y tardo de pies . Su gran mérito disculpa esta relacion tan individual de sus circunstancias personales .

117. Las prendas de su alma se veian grabadas en su semblante , cuya serenidad alegre anunciaba desde luego la afabilidad y elevacion de su ingenio .

118. Sus principales virtudes fueron la sinceridad , moderacion , rectitud y agradecimiento . Tenia aquella sencillez nativa , que se conserva tratando mas con los libros que con los hombres ; pero la tuvo exenta del embarazo y encogimiento que suele notarse en los que tratan únicamente con los libros . Sabia vivir al lado de los Grandes que le protegieron , y supo retirarse con discrecion para no abusar de sus favores . Amaba la tranquilidad , y perdía su desenfado y gracia natural quando no estaba solo con su ingenio , su aplicacion y su reposo : por esto , aunque vivió casi siempre en Madrid , nunca aspiró á ser cortesano .

Alejaronle

Alejaronle de aquel forzoso desasosiego y disimulo su modestia y su penetracion : conocia muy bien que las alegrías de la Corte son visibles , pero falsas , y sus pesares verdaderos , aunque ocultos .

119. Era igualmente recto que agrado; pero su gratitud fué mucho mas feliz que su integridad . Con aquella conservó los amigos y apasionados , que le grangeaba su condicion mansa y apacible , y con esta ofendió á muchos , que ofuscados con su amor propio , no podían sufrir la luz de la verdad que brilla en sus obras , sin embargo de estar suavizada con el velo de la urbanidad , discrecion y modestia . Su rectitud severa y manifiesta contra los vicios era muy indulgente y reservada con las personas . Solo se exceptuó á sí mismo de esta ley , confesando sus defectos con una ingenuidad mucho mas estimable que la entereza de Caton . Este no se perdonó á sí propio por no hacer gracia á los demas ; Cervantes perdonaba á todos , no haciéndose gracia á sí mismo .

120. Ocioso seria detenerse mas en la pintura de sus costumbres : todas eran igualmente rectas , porque todas procedian de un ánimo noble é ingenuo , di-

rigido enteramente por los principios de la religion. Ellos le preservaron del engaño, de la detraction y de la lisonja, y le cerraron por consiguiente todas las sendas de la ambicion. Como no sabia darse valor de otro modo que con sus producciones literarias, ni hacer corte con otra cosa que con su mérito, era incapaz de seguir la fortuna y de alcanzarla, y así no dexó otra herencia ni sucesion que sus obras.

121. A mas de las que ya se han referido, escribia otras quatro al tiempo de su muerte: *la segunda parte de la Galatea*, *las Semanas del Jardin*, *el Bernardo*, y *el Engaño á los ojos*, comedia ideada y compuesta con el fin de evitar los defectos que le habian notado en las que imprimió el año de 1615. Estas obras quedaron sin concluirse ni perfeccionarse, y solo se han conservado sus títulos en los demas escritos de este autor (90).

122. No sucedió así con los Trabajos de Persiles y Sigismunda. Doña Catalina de Salazar solicitó y obtuvo (91) privilegio para publicarlos, y los hizo imprimir en Madrid el año de 1617. Este fué el último obsequio que ella pudo hacer á la me-

moria de su marido, y el único interes que él podia legarla en su testamento.

123. Si hubiera florecido este ilustre Español en Atenas ó en Roma, le hubieran erigido estatuas y trasladado su vida á la posteridad, con aquella noble eloqüencia con que sabian honrar el mérito de los claros Varones. En España no fué celebrado dignamente entónces por falta de diligencia ó de voluntad: las presentes noticias de su vida, recogidas y ordenadas ahora sin otro objeto que un desinteresado y honesto amor de la patria, merecerán disculpa, si no mereciesen alabanza.